María La Baja: el bullerengue

Crónica de una salida de campo del programa de Antropología

Elgher Benjamín Pacheco López[7]

Durante tres días exploramos un universo lleno de cultura, música y mucho dolor. María La Baja representa un legado de herencia africana que, durante décadas, ha sido víctima de una violencia derivada del esclavismo al cual fue sometido antiguamente este territorio. Durante el primer día, aprendimos que en un taller de bullerengue se manifiesta, en cada movimiento, una huella de dolor muy marcada en la mujer, que es quizás la que mejor representa este sentir. Cada tono tiene un lamento extendido, que invoca los recuerdos de un ayer doloroso que quedó sembrado en cada nota como una marca imborrable.

Pero a pesar de expresarse como un lamento, todavía tiene ese ritmo, que, mezclado con los movimientos de dolor, no solo evoca cierta tristeza, sino que también es un canto a la felicidad. Se puede decir que los tambores y cada instrumento, combinados con la sonrisa de las bailarinas y ese simbolismo de enamoramiento, crean una dicotomía entre el trauma del pasado y la felicidad del presente.

Llegado el segundo día, hicimos una visita al museo de Mampuján, que es un lugar hermoso, aunque lleno de historia y mucho color. Realizamos un recorrido por los momentos de desplazamiento y masacre que sus habitantes vivieron y que se simbolizan a partir de elementos que aún permanecen en el territorio. Aquí hay muy buena gastronomía, muchos prismas en el arte femenino, pero, sobre todo, mucha mística que se muestra en diferentes facetas, que van más allá de una historia y reflejan una descendencia afro que aún sobrevive al sufrimiento. No en vano, cada espacio del museo cuenta con lujo de detalles los hechos y vivencias que permanecen en el tiempo y

7. Fotógrafo y estudiante del programa de Antropología - Universidad del Magdalena.
Email: elgherpachecobl@unimagdalena.edu.co



Fotografía: Elgher Benjamin Pacheco López

reviven circunstancias traumáticas. Sin embargo, también está presente la alegría. Por esa razón se evidencian muchos contrastes que se pasean por cada retazo de tela que dibuja una cartografía llena de malas vivencias, pero con una vitalidad que pareciera, de manera folclórica, desdibujarlas.

Luego de este hermoso recorrido queda un espacio de unas cuatro horas para descansar. Pero mi inquietud y mi deseo de saber más sobre este místico territorio me llevan a otra excursión con Oscar, un conductor de mototaxi que me lleva a varios lugares donde descubro un poco más de las costumbres, economía y música de la región. El primer lugar al que me llevan es al puerto, allí es donde descubro que una de las dinámicas comerciales locales es la pesca. Esta se da de forma permanente, pues en la ciénaga aledaña al río hay abundancia de pescado durante todo el año.

Las personas que me voy encontrando me cuentan que existen ciertos rituales característicos, sobre todo al momento de la muerte, que los pobladores adoptaron del cercano pueblo de Palenque: al morir, los asistentes al sepelio le colocan música al finado para festejar su partida a un mundo mejor. Esta parte de las tradiciones de María La Baja no es solo una expresión cultural, sino también el reflejo de una forma de habitar un territorio cambiante. Así como el paisaje se transforma con las estaciones —inundándose en invierno por las crecientes y secándose en verano—, sus habitantes han desarrollado una dinámica de vida marcada por el desplazamiento y el retorno.

Posteriormente, Óscar me condujo a un barrio cuyo nombre no logro recordar, ubicado en la zona más céntrica del pueblo. Allí se concentra la mayoría de mujeres y hombres reconocidos por

su experiencia en el bullerengue. Sin embargo, por circunstancias imprevistas, no logramos encontrar a la mujer que nos habían recomendado visitar. Ante ello, algunos vecinos nos indicaron que probablemente se encontraba en la plaza, hacia donde decidimos dirigirnos.

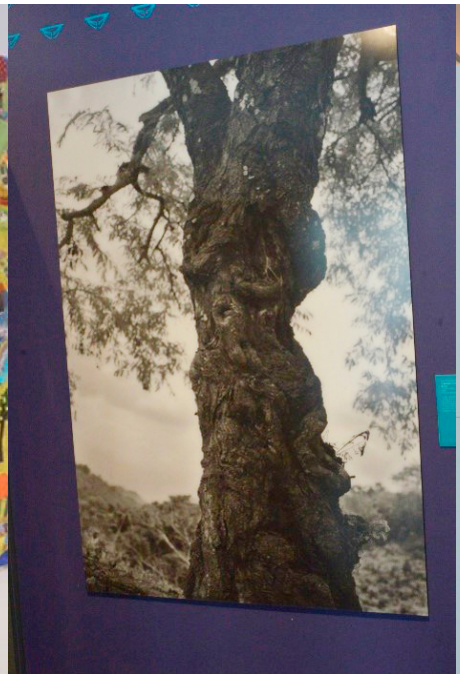
No fue fácil dar con una persona a quien ni siquiera conocíamos. Sin embargo, al divisar a una mujer mayor, de presencia imponente, que lucía un colorido turbante y estaba acompañada de su nieta, sentí una fuerte impresión. Me acerqué y le pregunté: —«Usted parece saber de bullerengue, ¿es así?». Con serenidad, me respondió: —«Sí, yo soy Pabla Flores, una de las representantes del bullerengue en este territorio».

La sorpresa fue tan grata que no pude aguantar la emoción, estaba dichoso y ella amablemente accedió a que la grabara y le hiciera algunas preguntas.



Fotografía: Elgher Benjamin Pacheco López







Fotografía: Elgher Benjamin Pacheco López



Fotografía: Elgher Benjamin Pacheco López

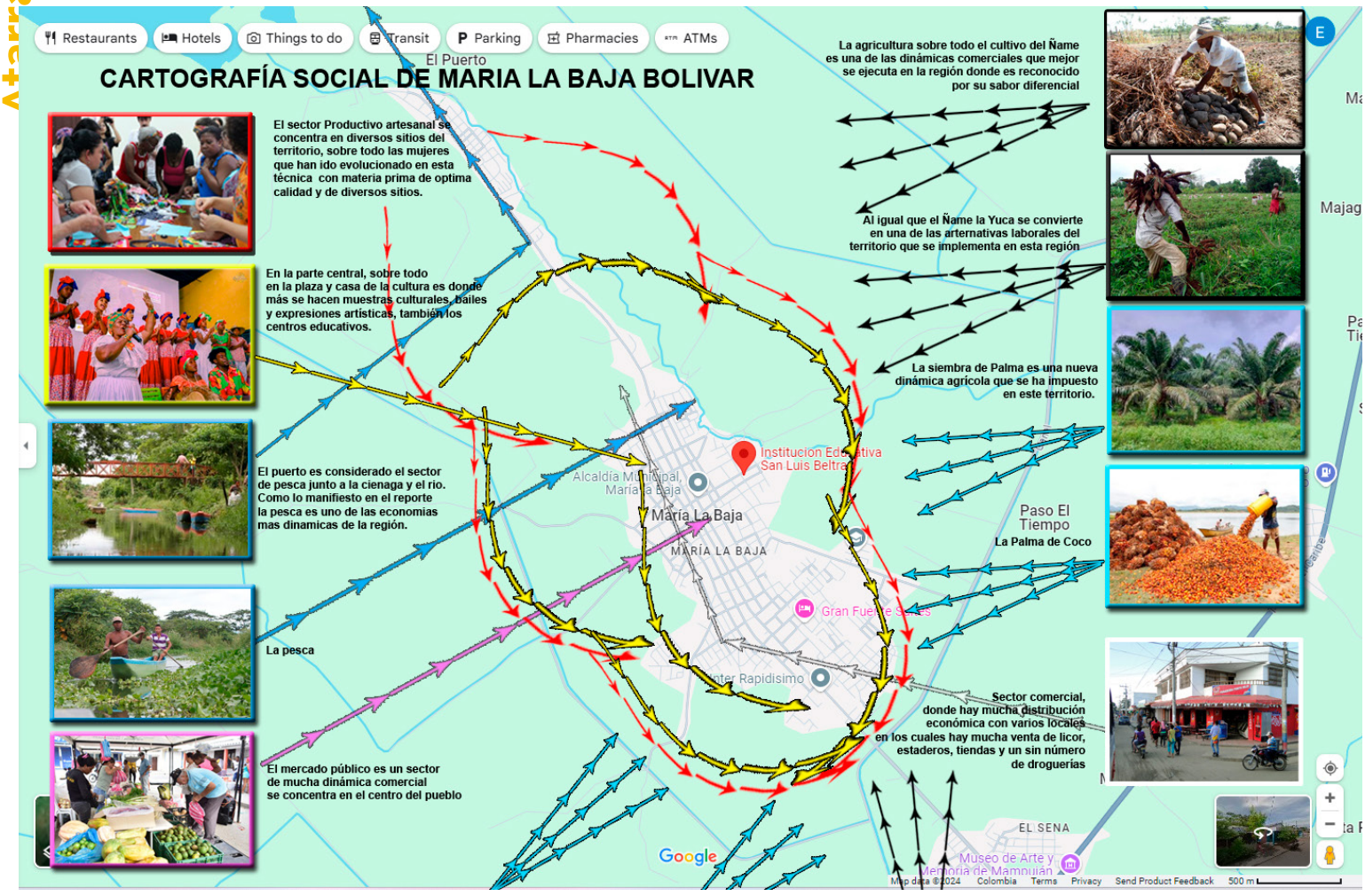
Me cantó y, a través de ese canto, me respondió qué significaba para ella este ritmo. En aquella interpretación, mágica y profunda, la acompañó la voz de su nieta, heredera de ese legado ancestral. Ese instante me colmó de satisfacción: fue un momento cargado de historia, sentimiento y dolor, todo expresado en el canto que se entrelazaba con la serena sonrisa de la señora Pabla Flores.

Tras esta experiencia, sentí que no necesitaba nada más en este viaje. Sin embargo, hicimos un recorrido por las calles del municipio con Manuel, un personaje muy representativo y querido en este territorio. Al finalizar la tarde, asistimos a una muestra folclórica infantil en la plaza central.

Al día siguiente emprendimos una caminata de aproximadamente cuarenta minutos hasta una cascada en Mampuján. Tras disfrutar del lugar, regresamos por el mismo sendero durante otros cuarenta minutos, para luego dirigirnos al hotel y preparar el retorno a Santa Marta. El bullerengue no es únicamente música: es resiliencia, memoria y raíz. Pabla Flores es una de las guardianas de ese legado; a través de su voz y de su danza mantiene viva una tradición que resuena en el alma de Colombia. Que su historia sea un recordatorio permanente de la importancia de honrar nuestras raíces y de no olvidar jamás de dónde venimos.







Cartografía del territorio de María La Baja



Artista: Ashly Sofía Roca Vásquez